

ARIÓN

Y LOS PIRATAS

Arión y los Ueshabee de Nibiru

por Conrado Bocanegra

El nacimiento de Arión



Elektra, la suma sacerdotisa de Urk-Sibar, subió las escaleras del templo del dios Sol con su bebé recién nacido en brazos para presentarlo a la diosa Nemmu. El parto había transcurrido sin complicaciones durante la noche y, después de varias horas de descanso y del caldo caliente que le ofrecieron las novicias, había recuperado parte de sus fuerzas. La suma sacerdotisa siempre había sido una mujer fuerte, acostumbrada a afrontar desafíos sin apartar la mirada.

Su familia pertenecía a una antigua casta noble, un linaje en el que se contaban reyes, sacerdotes y visionarios que habían marcado la historia de Urk-Sibar. Como suma sacerdotisa, ella era la heredera de ese legado. Pero mientras ascendía por las escaleras, sintió en su interior que el destino marcado por la diosa no era el suyo, sino el del niño que dormía en sus brazos.

Durante años había percibido señales. Sueños que no había comprendido, pero que ahora cobraban sentido. Cuervos que se posaban en su ventana al amanecer, siempre mirando hacia el este. Llamas que danzaban de manera extraña durante los rituales, como si respondieran a una presencia invisible. Incluso las ancianas del templo, prudentes y silenciosas, habían intercambiado miradas misteriosas cuando supieron de su embarazo.

No había decidido qué nombre ponerle a su hijo hasta que lo vio. Primero había pensado en Héctor, Eneas o Príamo, pero al ver el brillante pelo negro de su bebé, decidió que se llamaría Arión, como el fabuloso caballo de crines negras, capaz de correr sobre el agua.

Elektra miró a su hijo y sintió un estremecimiento. Arión abrió los ojos por primera vez desde que lo había tomado en brazos esa mañana. No lloró. No se agitó. Simplemente, miró la luz del fuego sagrado que ardía frente al disco solar que presidía la sala. Sus pupilas parecían dilatarse y contraerse al ritmo de la llama.

—Tienes los ojos negros como tu padre —le susurró Elektra con una sonrisa.

El viento cálido de la tarde entró en el templo y agitó las cintas rojas del altar. La llama sagrada se inclinó hacia ellos como una reverencia.

Todos los que habían venido a la presentación del bebé sintieron que aquel niño no era un recién nacido cualquiera. Algo antiguo, algo poderoso, había puesto sus ojos sobre él.

En la sala se habían reunido sacerdotes y reyes de un linaje tan antiguo como el de Elektra. Allí estaban el rey de Urk-Sibar y el sabio príncipe de las tribus de Levante. También habían venido un joven explorador egipcio llamado Neco y los enviados del reino micénico en la corte de Urk-Sibar, Aristarco y Delia, con su pequeña hija Cassandra, siempre tan obediente. Elektra vio, a un lado del altar, al Hechicero Nigromante con la vara y la estrella de ocho puntas, símbolo de la diosa Inanna, sobrina de Marduk, el gran dios del Sol.

Las novicias habían preparado los cuencos sagrados con la arena del desierto en espera de que la diosa Nemmu se pronunciara.

Al llegar a los pies del altar, Elektra se inclinó ante su diosa; seguidamente, se giró y alzó a Arión por encima de su cabeza para que la luz reflejada por el disco solar lo bañara por completo.

—Dioses y diosas del Sol y de la Sabiduría —comenzó, con un tono que mezclaba reverencia y orgullo—, os presento a Arión...

El nombre pareció despertar un eco suave entre las columnas.

—... Os servirá con la misma lealtad y devoción con que os sirvo yo. Ciudad de él, igual que habéis cuidado de nuestro linaje desde que fuimos creados por el gran dios Enki y la diosa Nemmu...

Una corriente cálida recorrió la sala, como si el aire respondiera a sus palabras.

—... Y él cuidará de que seáis honrados y venerados como los únicos dioses y diosas.

Y entonces, del disco solar surgió un rayo de luz fina, que no quemaba ni deslumbraba, y se posó sobre la frente de Arión. Allí dejó una marca luminosa: un pequeño símbolo en forma de espiral, rodeado de tres rayos, que brilló durante un instante.

Elektra se posó de rodillas.

—El signo del dios Enki —dijo con la voz quebrada—. El símbolo que solo aparece cuando un niño está destinado a cambiar el curso del mundo. —Arión era uno de los elegidos por la profecía.

Los asistentes se miraron entre sí, asombrados y maravillados.

El templo aún vibraba debido a la luz del prodigio cuando un sonido inesperado recorrió la sala: un crujido seco, como el de una rama que se parte en mitad del desierto. Todos levantaron la vista.

En la parte superior de la cúpula se había abierto una pequeña grieta. No era grande, pero su presencia resultaba imposible de ignorar. La grieta avanzó unos centímetros más y se detuvo.

Elektra sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Apretó a Arión contra su pecho, pero el niño no parecía asustado. Al contrario, abrió los ojos y miró directamente hacia la grieta.

Elektra se giró hacia el Hechicero Nigromante. Estaba segura de que había sido él quien lanzó un conjuro maléfico para azotar la cúpula del templo de la diosa Nemmu.

El Gran Jar, el Hechicero Nigromante y adorador de Inanna, lanzó una advertencia que la dejó temblando.

Ahora intuía que el destino del niño estaba ligado tanto a la gloria como al peligro. Elektra sostuvo a Arión con más fuerza, mientras la grieta permanecía allí arriba, silenciosa, como una herida en el cielo del templo.

En ese mismo instante, un gran rayo de luz caído del cielo, enviado por la diosa madre Nemmu, impactó en uno de los cuencos sagrados. A los pocos momentos se escuchó un gran estruendo ensordecedor. Las columnas del templo vibraron. Los asistentes se quedaron inmóviles. Nadie se atrevía a respirar. Ahora era la diosa madre Nemmu quien hablaba.

Las novicias se acercaron al cuenco. El calor era tan intenso que tuvieron que cubrirse las manos con telas húmedas. Con mucho cuidado, levantaron el cuenco y lo llevaron hasta Elektra.

Cuando Elektra miró dentro, abrió los ojos de asombro. La arena sagrada se había fundido. En su lugar había una piedra preciosa de color ámbar, brillante como un pequeño sol atrapado.

Elektra sacó la piedra sagrada del cuenco y se la mostró a los asistentes.

—Esa piedra es mía —gritó el Hechicero Nigromante extendiendo los brazos.

Elektra supo enseguida que Arión estaba en peligro. Los seguidores de la diosa de la guerra, Inanna, no aceptarían que su hijo fuera uno de los tres guardianes, tal como había predicho la profecía. Con la mirada buscó a su seguidor más fiel, el griego Eudor, filósofo y consejero del templo de Urk-Sibar. Como maestro de la Orden del Templo del Sol, su deber era proteger a Arión.

Eudor subió las escaleras y miró a la sacerdotisa, que le dirigió una mirada triste, de despedida. Elektra le entregó el niño y la piedra sagrada, la lágrima de Nemmu. Eudor se arrodilló ante la sacerdotisa para agradecerle el gesto de confianza y, seguidamente, huyó de la sala con Arión en los brazos para no volver jamás.

—¡Que no escapen! —gritó el Hechicero Nigromante y dos de sus secuaces siguieron a Eudor.

—¡Detenedlos! —ordenó Elektra a los guardianes del templo.

Los soldados se enzarzaron en una lucha de espadas.

—¡Siempre supe que un día nos traicionarías! —acusó Elektra al Hechicero.

—Ese niño es nuestro, debió de haber nacido en mi templo —le contestó el Hechicero Nigromante.

—Los dioses se han pronunciado claramente —contestó ella.

—¡Han sido tus artimañas de bruja! —objetó, lanzando un conjuro hacia la sacerdotisa, lo que hizo que la grieta de la cúpula del templo se ensanchara un poco más.

—¡Hereje! —respondió Elektra, lanzando otro conjuro que hizo temblar la tierra bajo los pies del Hechicero Nigromante, haciéndolo caer.

El Hechicero lanzó otro conjuro desde el suelo y, de las entrañas de la ciudad, apareció un ejército de nigromantes y otros seres despreciables.

Así comenzó la batalla de Urk-Sibar, de la que solo quedarían las catacumbas, donde siguieron viviendo los abominables seguidores de Inanna, la diosa de la guerra, algunos piratas y los monstruosos Igigi.



ARIÓN

www.mundodearion.com